

«Las guerras civiles tienen dos milenios, pero son un invento humano evitable»

El historiador británico **David Armitage** se mueve como pez en el agua en el territorio de las guerras civiles que se han producido a lo largo de la Historia. Su último ensayo da cuenta de ello y de los posibles conflictos que se nos avecinan

MANUEL LUCENA GIRALDO

El catedrático de la Universidad de Harvard recibe a ABC Cultural con ocasión de la conferencia *España y la independencia de Estados Unidos*, celebrada en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore.

—Acaba de ser publicado en español «Las guerras civiles. Una historia en ideas». Un libro cuyo anterior se dedicó a «Las declaraciones de independencia. Una historia global» (Marcial Pons, 2012). ¿Hay alguna conexión entre ellos?

—En efecto, uno llevó al otro. Por dos razones. Durante la investigación de *Las declaraciones de independencia*, descubrí con sorpresa que en la década de 1770, a ambas orillas del Atlántico, se hablaba de lo que luego denominamos «revolución americana», o «guerra de independencia de Estados Unidos», como guerra civil. Quedé fascinado por ese hecho. Quería saber cómo y por qué habían llegado a pensar así. En segundo lugar, tan pronto como terminé aquel libro, estalló el debate sobre la definición de la violencia que acontecía en Irak, tras la invasión que había liderado Estados Unidos. Se hablaba de terrorismo, insurgencia o guerra civil. Así que me uní a la discusión a partir de mi propia curiosidad sobre el uso de este último término.

—Resultó que no era un tema tan nuevo como parecía

—Me encontré con los documentos de un abogado estadounidense nacido en Prusia que escribió durante la guerra de secesión (1861-1865), llamado Francis Lieber. Este preparó una codificación pionera de las leyes de la guerra en tiempos contemporáneos, precedente de las convenciones de La Haya y Ginebra. Resultó que Lieber estaba en mitad de una guerra civil e intentando de-

finir qué era. Así que había tres décadas, 1770 con la independencia estadounidense, 1860 con la guerra de secesión y 2006 con el conflicto de Irak, unidas por una reflexión sobre la guerra civil. Ambos libros además se esfuerzan en entender lo que son los Estados. O se anuncian mediante declaraciones de independencia, o desaparecen y se fragmentan por causa de guerras civiles. Son dos facetas opuestas del mismo asunto.

—¿Son las guerras civiles culturales? ¿O el resultado de un determinismo biológico de los seres humanos, un acto de naturaleza? A algunos biólogos deterministas les ha dado últimamente por escribir libros apocalípticos sobre lo que nos espera.

—Mi argumento en el libro es que las guerras civiles no fueron descubiertas por los seres humanos, no estaban allí esperándonos. Por el contrario, fueron inventadas. Hemos sido capaces de definir de modo muy preciso que su historia empieza en la Roma republicana del siglo primero antes de Cristo, hace dos mil años. Los romanos no sabían con exactitud qué estaba ocurriendo. Algunos empezaron a debatir sobre las batallas muy violentas que aparecían en la República, calificándolas a un tiempo como «civiles» y como «guerras». No eran sediciones o tumultos tradicionales, formas de violencia interna de bajo impacto, sino verdaderas guerras. Además civiles, tomando el término en latín en sentido literal, entre ciudadanos iguales. Entonces descubrieron que necesitaban inventar un término nuevo para describir ese tipo de violencia no experimentada con anterioridad. Las lenguas europeas posteriormente hicieron suyo el término latino.

—Se trata por tanto de una vieja historia.

VICTORIAS EFÍMERAS

M. L. G.

En un país como España, atravesado por el guerracivilismo en su imagen tópica, hacía falta un libro como este. No vinculado al romanticismo obligatorio que nos afecta hasta tal extremo que nos lo hemos creído, medurado en su análisis y comparativo en la perspectiva. Francamente culturalista en su tesis principal. Las guerras civiles no son hijas de la pobreza, ni inevitables por el legado de Caín. Forman parte de una barbarie calculada, de una ingeniería social que gestiona —alguno diría resuelve— los conflictos en el seno de las élites. Por ejemplo, señaló Juan Pablo Fusi, cuando el imperio se termina, como en la España del siglo XIX, y hace falta inventarse que el hermano y vecino «nos roba». Las promueven quienes piensan que hacer política equivale a eliminar al enemigo, pues no conciben ni admiten al adversario. O tienen mucho que ocultar. Entre nosotros, vienen de la limpieza de sangre. Eliminar, borrar, sepultar al otro. Es más antigua que la «izquierda» y la «derecha». Mucho peor. En el examen de un concepto tan resbaladizo, Armitage analiza su uso a lo largo de tres etapas históri-

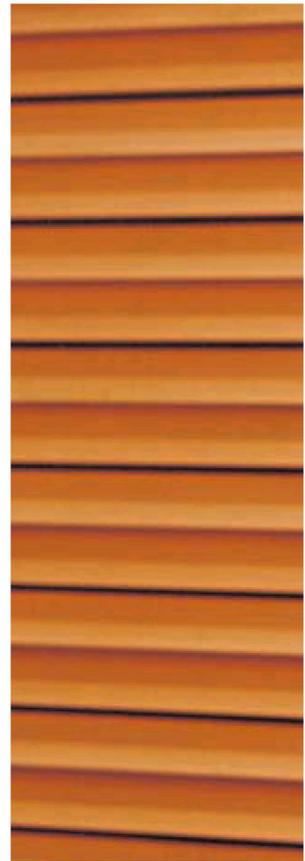
cas relevantes: el mundo grecolatino, la Europa de los siglos XVI y XVII, la historia del tiempo presente. En vez de intentar una imposible enciclopedia de las guerras civiles, el libro analiza el pensamiento que ha empujado el término de una época y lugar hacia otro, con un énfasis angloamericano, que algunos encontrarán reprochable. Aunque no se ocupe con detenimiento de las guerras carlistas o los horrores de Grecia o de China, plantea que este tipo de conflictos violentos en la comunidad se vinculan a contextos y lenguajes. Los primeros cambian y los segundos pueden optar, si se quiere, por la compasión, empatía o condescendencia. Como ocurrió durante la transición española. El libro de Armitage también se inscribe en una corriente potente de estudios sobre la globalización y sus efectos en el Estado-nación, la historia conceptual y la nueva

historia política. En la medida en que es capaz de pasearnos por las mentes de Cicerón y de Mao, muestra la vigencia de la mejor historia, capaz de formular las preguntas pertinentes y algunas posibles respuestas. Sin duda ha cumplido con la tarea. ■



Las guerras civiles...
David Armitage
Alianza, 2018
320 páginas
22 euros

★★★★



RUDY M.

—Las guerras civiles tienen dos milenios, un comienzo definido y son una fabricación humana, por tanto, reversible, no son inevitables. Aunque el libro trata un tema deprimente, aporta un mensaje de relativa esperanza

—Si pensamos en la Europa del siglo XVI, observamos el fenómeno de las guerras de religión, con las de Francia en primer término. ¿Fueron guerras civiles?

—No pretendo dar por sentada una definición, sino atender a los diferentes contextos. Lo que intento es escuchar la voz de los contemporáneos, saber qué opinaban sobre lo que acontecía y si pensaban que era una guerra civil o de qué se trataba. En la Francia del siglo XVI, Montaigne, por ejemplo, habló de guerra civil y muy pronto se usó el término «guerras de religión». La fractura social fue extraordinaria. Se percibió la escisión de una comunidad que tenía una identidad común, monárquica y cristiana, un colapso. —Se suele olvidar la importancia de las guerras civiles



MUY PERSONAL

• David Armitage nace en Stockport (Inglaterra) en 1962.

• Ejerce como profesor de Historia en la Universidad de Harvard y también colabora en Columbia.

• Obtuvo el doctorado en Cambridge en 1992 con un trabajo sobre el imperio británico y la tradición cívica.

• Está casado con la también profesora de Historia en Harvard, Joyce Chaplin.

en el XVII inglés. La continuidad de su historia posterior, monárquica y sin revoluciones, ha tendido a oscurecer este hecho.

-En la Inglaterra de 1650 hubo guerras civiles, no revoluciones. Los contemporáneos no contemplaban esa distinción. Creo que hasta la revolución francesa de 1789 no se pueden separar. Antes eran dos caras de la misma moneda.

-¿Y la imagen de continuidad inglesa, a pesar de la ejecución de Carlos I en 1649?

-Creo que desde la restauración monárquica de 1660 en Inglaterra se produjo una voluntad de esconder lo ocurrido, de olvidarlo de manera deliberada. Se trata de una supresión o represión, en sentido psicológico. Ya lo había dicho un romano muchos siglos antes. Lo que procede con las guerras civiles es olvidarlas. Incluso en nuestros tiempos, cuando se cumplieron en 2010 los 350 años de esa restauración, no hubo celebración y apenas conmemoración. Quizás ahí tenemos un asunto interesante para España. Hay

« España y Reino Unido fueron monarquías compuestas, formadas por la agregación de territorios en la Edad Moderna»

El Brexit ha sido un trágico ejemplo de cortoplacismo y un error en el cálculo político»

que esperar mucho para que se olviden las guerras civiles.

-La imagen de continuidad institucional del Reino Unido dura hasta el Brexit.

-Esa es la revolución de ahora mismo. El resultado del referéndum me dejó asombrado. Se trata de una grave crisis ajena a la tradición política británica, que se podría haber evitado. Sin duda expone el triunfo de una visión a corto plazo, pues desde los años 70 el Reino Unido está en Europa, a nivel legislativo, cultural, político y económico. Las enormes dificultades que implica son titulares todos los días. Faltó información, hubo un error de cálculo, no se aportó la información necesaria para que los votantes pudieran tomar su decisión. Ha sido

un trágico ejemplo de cortoplacismo y un error en el cálculo político.

-El caso de Estados Unidos muestra también permanencias y continuidades que de repente han desaparecido. El debate sobre la guerra de Secesión (1861-1865) embruja a la nación de nuevo.

-La nueva historiografía no tiene temor a explorar y entender rupturas y divisiones en procesos nacionales que nos han contado como homogéneos. No lo son. En Estados Unidos nos preguntamos por las batallas reprimidas de la revolución de independencia. Los leales a la corona británica fueron en muchos casos gentes de color.

-¿Se pueden prever las guerras civiles? La de Estados

Unidos fue casi anunciada.

-No de modo infalible. Después de estudiar de manera serial guerras civiles, he encontrado que existen elementos y signos que los contemporáneos ven como banderas que las anuncian. El uso del lenguaje de la guerra civil, cuando las divisiones sociales son tan profundas. O bien las palabras y acciones, cada vez más violentas, constituyen un anuncio desde los romanos. También existen procesos como rupturas imperiales e independencias, proclives a precipitar en guerras civiles.

-Parecería un signo de ellas la saturación de pasado en una determinada sociedad, obsesionada con algo ocurrido tiempo atrás.

-Lo que pasa con el pasado es que ni siquiera es pasado. Pensemos en los conflictos territoriales que afectan al Reino Unido y a España en este momento. Ambas naciones fueron en el pasado monarquías compuestas, formadas por agregación de territorios en la Edad Moderna, anteriores al nacionalismo. Era absoluta-

mente predecible que el Brexit iba a desencadenar un conflicto en la frontera de Irlanda del Norte. Como decimos en inglés, la cola está dirigiendo al perro. Cualquier solución allí tendrá que tener en cuenta las antiguas fronteras o los acuerdos de 1920. No podemos escapar del pasado y pretender que no va a afectar y los ciudadanos no tendrán nada que decir. Esto sirve para Escocia, Cataluña o cualquier otro país europeo.

-Pero los nacionalistas actuales imaginan, además de supuestos agravios remotos, fronteras imaginarias que les favorecen. Cuentan lo que les conviene, como todos los populismos. ¿Cree que estos encierran el germen de futuras guerras civiles?

-No parece, al menos por ahora, si analizamos el lenguaje del debate político. Hay indicios de uso de términos violentos, pero en el mundo existe, por el contrario, un declive en el número y virulencia de las guerras civiles. Nuestra capacidad de predicción limitada deja algún lugar para el optimismo. ■